

del encanto que la embarga.
 De entonces siempre girando
 en derredor, cual incauta
 mariposa, de la aldea
 apenas me separaba.
 A Elisa le hablé de amores,
 de amor me habló la aldeana,
 é incautos un imposible
 nuestros pechos halagaba:
 ¡cuántos pesares sufrimos!
 sí; que una pasión si es casta
 y al mismo tiempo infeliz
 solo veneno derrama,
 hiriendo con saña impía
 la pura mente angustiada...

Mas al fin murió mi esposa...
 permito tregua á las armas,
 vuelo á la humilde mansion,
 de Elisa feliz morada
 y el sacerdote bendijo
 secreta nuestra unión santa.
 Hijo de nuestros amores,
 y dicha bien deseada,
 tuvimos un tierno infante
 que nuestra dicha realza.
 Nunca, nunca placer tanto
 mi corazón ocupará,
 fueron los días dichosos
 las delicias de mi alma...

Disimulad, que en mi pecho
 amargo el dolor estalla
 y lágrimas aun ardientes
 mis turbios ojos derraman...

El monje se interrumpió,
 porque sus mejillas baña
 acerbo, continuo llanto
 de la mente acongojada,
 y sus jóvenes oyentes
 paso dieron á las lágrimas.

—Mas breve fué mi ventura,
 prosiguió el monje; que tanta
 no debió ser; mis contrarios
 del hechizo que me encanta
 sospechan, y á mis parientes
 denunciaron nuestra alianza.
 Cual rabiosos, fieros tigres
 contra de mí se desatan
 rompiendo nuestra ventura
 adormida en la confianza.
 Pagaron tres asesinos
 que á media noche en la estancia
 de mi esposa penetraron,
 con cobarde infame rábida
 en su seno el puñal hunden,
 y los monstruos así esclaman:
*«Recibe los homenajes
 que los barones te mandan.»*
 Huyeron los asesinos,
 mi Elisa su aliento escala,
 y rápida á mi llego
 la terrible nueva infausta
 á tiempo que mis parientes
 me escribieron esta carta.
*«Eres nuevamente noble
 rota ya esa union tan baja,
 que para gozar amores
 los amores mismos bastan.
 Mas deshónrra una pechera
 mujer, que prole bastarda.»*
 Al pié de estas torpes líneas
 con otros tambien firmaba
 mi primogénito. En vano
 vengar quise infamia tanta;
 persiguióme la nobleza

y me expulsó de mi patria.
 Entonces á un escudero
 confié el hijo que dejara
 mi Elisa, y ambos llevé
 á oculto rincón de España,
 y bajo esta humilde tumba
 las cenizas de mi cara
 esposa, al fin sepultando,
 con solo mi acero y lanza
 y para cumplir un voto
 me partí á la tierra santa.

CUADRO VI.

El parricidio y el monasterio.

Una pausa detenida
 hizo el alligido monje
 y desgarradores ayes
 su corazón triste rompen,
 el lienzo llevó á sus ojos,
 su semblante en él esconde
 ó por no mirar al mundo,
 ó porque su llanto corre.

Al cabo de algunos años,
 dice al fin el sacerdote,
 dejé los Santos-lugares
 y donde mi hijo se esconde
 con mi servidor, dirijo
 mi planta; pero turbóse
 mi gozo, que á mis preguntas
 nadie por él me responde,
 y solo pude saber
 que se marchara aquel hombre
 con el hijo que tenia...
 Vuelvo al país de Elisa, donde
 pienso encontrar nuevas ciertas,
 mas mi esperanza fallóse,
 que nada mas supe de él.

A mis estados entonces
 llegué, ya mi sucesor,
 de ellos se llamaba conde
 dando por cierta mi muerte
 entre los nobles barones.
 Por mi hábito peregrino
 en el castillo me acoje
 y con fingidas protestas
 con amor me corresponde,
 jurando que humildemente
 por señor me reconoce,
 que al siguiente nuevo día
 corona condal depone.
 Entretanto á su aposento
 conmigo allí se recoje,
 y en blando lecho adormido
 olvidé que yo era el conde.

Rápido dolor agudo
 sentí aniquilar mi pecho,
 quiero abandonar el lecho,
 y el ansia me despertó:
 con ímpetu fiero y rudo
 sañosa una mano impía
 mi cuello y pecho oprimía,
 sobre mí un hombre saltó.

«Favor» al punto demando
«favor,» grito, *«para el conde:»*
 y el fiero monstruo, responde:
*«tu Elisa te lo dará:
 tendrás mañana á tu mando
 los estados que mereces...
 ¿Qué recompensa me ofrece?»*

la
 exa
 cor
 sus
 est
 pas
 nú
 tro

 qu
 nú

 dif
 y
 3.
 ó
 tal

 m